
A PROPÓSITO DE «DENTRO DE UN SIGLO O DOS, CUANDO...»

Cher Domingo:

Me pides si podría presentar el texto que me envías y si podría evocar la relación entre Guitton y Légaut. Me resulta difícil pues en este tema corro el riesgo de no ser imparcial. A Légaut lo conocí bien, me nutrí siempre de su obra. No puedo decir lo mismo de Guitton. Que yo recuerde, sólo lo vi una o dos veces en la televisión. Antes, en los periódicos, había leído algunos artículos, suyos y sobre él, que no me indujeron a conocerle más. Ciertamente, Légaut habló de él ocasionalmente al grupo o a mí, pero aquello, aunque significativo, no dejó de ser algo bastante breve y, en definitiva, superficial. Quiero decir con esto que Légaut, sin olvidar la vieja camaradería, de la que no renegaba en absoluto, al evocar sus dos caminos diferentes, hacía gala de una gran lucidez y de un cierto desapego.

Antes de examinar el texto de 1963, voy a recordar el entorno en el que estos dos hombres se encontraron y tuvieron una evolución divergente. El encuentro fue en 1920, fecha de la entrada de Guitton en la Escuela Normal Superior donde Légaut había entrado un año antes. Ambos participaron entonces en el grupo “tala”, grupo en el que algunos jóvenes intelectuales intentaban vivir, de una forma todavía tradicional pero con fervor y con una gran inquietud y honestidad, su fe religiosa. Los dos adultos que evocarían más tarde su juventud, siempre encontrarían, en esta sólida camaradería –entre ellos es difícil hablar de amistad–, un lazo que conservó su valor. Un detalle que ilustra esta camaradería es el hecho de que, durante su servicio militar, Légaut, en Grenoble, entró en contacto con Jaques Chevalier por medio de Guitton.

Pero, cuando Légaut volvió a la Escuela Normal en 1923 como agregado repetidor, y profundizó su relación con Monsieur Portal y se comprometió en la formación de un nuevo grupo, Guitton se hizo cada vez menos presente. Si Légaut siguió a Monsieur Portal, Guitton siguió a otro padre espiritual, Monsieur Pouget. Légaut, en *Paciencia y pasión de un creyente*, emite un juicio bastante severo de ambos:

«M. Pouget temía que pusieran en el Índice sus obras [...], en las que, sin embargo, hay una gran prudencia... M. Pouget era un autor poco original, de tipo “concordista”, tal como ha habido en todas las épocas. Le comenté hace algunos años a Guitton: “tú y yo somos tan diferentes como nuestros padres espirituales”. Creo que Guitton, en su *Diálogo con Monsieur Pouget*, sin llegar hasta el atrevimiento desde luego, desarrolló, de forma útil, el pensamiento de M. Pouget mezclándolo con el suyo».

Como ya he dicho, cuando Légaut formó un grupo autónomo, es decir, después de la muerte de M. Portal, Guitton ya no participó en él. Desde entonces, se dará una doble constante entre ellos. Sin duda, Guitton, como laico que tenía entrada en el Vaticano, encontró demasiado atrevido el itinerario de Légaut, quien, por su parte, juzgaba un poco fría la actitud de su compañero. Sin embargo, uno y otro se respetaban y se valoraban mutuamente. Este parecido recíproco se puso de manifiesto cuando, al final de sus vidas, en 1988, se reencontraron en la televisión regional de St. Étienne, en un programa en que se presentaban algunos libros religiosos. En aquella ocasión no hubo entre ellos diálogo pero sí un intercambio amistoso que incluía recuerdos del pasado.

Este artículo de 1963 pone de manifiesto estos aspectos de la relación Guitton-Légaut que acabo de recordar. Para poder hacer una lectura crítica del mismo, conviene no olvidar la fecha en que se escribió. Légaut acababa de publicar, en 1962, *Trabajo de la fe*, libro importante que perfila ya lo que sería su obra mayor a partir de 1970, pero que aún no cuenta con la densidad y la precisión de su obra posterior, y que, por otra parte, permaneció bastante tiempo ignorado. Légaut era, pues, un hombre que aún no había encontrado su verda-

dera expresión y era, además, un desconocido para el gran público cuando escribía este artículo acerca de alguien –Guitton– que ya había adquirido una cierta notoriedad.

Légaut recalca, ante todo, lo que la generación de Guitton recibió de su entorno durante los años de formación en la adolescencia y en la juventud. Pero, aunque esta generación sea la suya, no emplea nunca el “nosotros” en el texto sino que adopta la mirada exterior del historiador, no la del testigo que ha participado en una eclosión humana. Este recurso, ¿es acaso sumisión al género propio de un artículo?, ¿o es, quizá, efecto de la modestia de quien aún no es conocido por el gran público?, ¿o es, más bien, reflejo de su voluntad de interponer una distancia entre él y un “cristiano oficial” como Guitton, distancia impuesta ya por el vigoroso testimonio que está gestando?

En cualquier caso, tras hacer hincapié en el legado recibido por esta generación (en la adolescencia, «formación severa pero estimulante de los años de guerra»; después, contacto diario con los compañeros algo mayores pero ya maduros por la «dura existencia recién vivida», más la «fraternidad que caracteriza a las minorías» –la de los cristianos de entonces–, y, en fin, el ser herederos indirectos del modernismo), Légaut concluye que «cada uno hizo con todo esto lo que pudo». Conociendo a Légaut, se reconocen aquí elementos de respuesta a las preguntas que antes planteaba. Conforme a su pensamiento, dos evoluciones espirituales diferentes se adivinan, en Guitton y en él, que, sin embargo, Légaut aún no quiere precisar. Hay todavía, en efecto, cosas que necesitan madurar en él, como lo demuestra la utilización clásica de la parábola de los talentos que hace en función de la homofonía que existe, en francés, entre los dones recibidos y la antigua moneda. Encuentra la parábola «demasiado rudimentaria», calificativo que se refiere a la utilización de la misma y no a la parábola en sí. Estamos lejos todavía de la admirable meditación que hará Légaut, tanto de esta parábola como de las parábolas del Reino en general, en el capítulo V (“La universalidad de Jesús”) de *Reflexión sobre el pasado y el porvenir del cristianismo*.

En fin, respondiendo más directamente a la cuestión implícita contenida en la frase «cada uno hizo con todo esto lo que pudo», Légaut se pregunta cuál ha sido la aportación de Guitton. Para él, Guitton jugó su papel en la renovación cristiana que se dio al comienzo de los años sesenta. Y Légaut espera que la posteridad le haga justicia cuando un nuevo Bremond, dentro de un siglo o dos, escriba la historia religiosa del siglo XX y lo inserte en la línea de los historiadores, de los filósofos, de los teólogos que favorecieron esta renovación ⁽¹⁾.

Precisando el reconocimiento merecido por Guitton, Légaut hace, sin embargo, una importante restricción:

«Guitton es de los que, si no llegaron a nutrir directamente la fe y la inteligencia de los cristianos de su generación, sí que se esforzaron, a menudo con éxito, por facilitar su adhesión a las creencias de su religión» ⁽²⁾.

Esta reserva es esencial. Légaut distinguirá, cada vez más, en su obra, entre creencia y fe, tal como muestran, sobre todo, dos capítulos de *El hombre en busca de su humanidad*. Ciertamente, Légaut sabía que la creencia y la fe cohabitan a menudo; pero también sabía que dejando atrás la primera es como se llega a la segunda. Légaut avanzó, cada vez más, hacia la fe desnuda, pura de toda creencia, y, en una de sus «plegarias de hombre», hablando de los hechos fundamentales que estamos llamados a vivir, escribe: «que ellos afinen nuestra fe si echan por tierra nuestras creencias...».

Domingo, te envío estas páginas que arrancan en forma de carta. Creo que no te enseñarán gran cosa y no se me ocurre qué uso pue-

⁽¹⁾ [Nota del A.] La lista que enumera Légaut en su texto incluye nombres conocidos en los ambientes cristianos de los años veinte y treinta, sobre todo, pero no menciona ningún escritor verdaderamente eminente.

⁽²⁾ [Nota del A.] Podemos preguntarnos, en la línea de la apostilla de Légaut a Guitton, si esta ayuda de Guitton y de otros a los cristianos de «su» generación no constituiría, después, por su concordismo, un estorbo más para las generaciones siguientes.

das hacer de ellas. En el artículo sobre Guitton, Légaut todavía está en estado de devenir, si se puede arriesgar este oxímoron ⁽³⁾. No carece de interés, pero los hay mejores.

Ánimo y mi recuerdo para ti y los tuyos,

Raymond Bourrat

⁽³⁾ [N. del T.] El oxímoron es una figura retórica que consiste en unir dos términos de significado opuesto; en este caso, «estado» y «devenir». El oxímoron hubiera permanecido si nuestra traducción no hubiese sido tan literal y hubiésemos empleado la construcción perifrástica de «devenir» («en estado de llegar a ser»).



Jacques Perret y Marcel Légaut, 1926-1930.

